

## CAPÍTULO PRIMERO

# DISFUNCIONES DE LA GLOBALIZACIÓN

*Florentino Portero Rodríguez*

### RESUMEN

La globalización es consecuencia de un largo proceso que comenzó con la colonización del planeta por la humanidad y continuó con las sucesivas revoluciones tecnológicas y de comunicación. Esta globalización ha provocado diferentes disfunciones en varios ámbitos: cultural, político, económico, de seguridad, diplomáticas. Las diferencias de identidad se agudizan en un entorno pluricultural, ejemplo de ello son la situación en Europa y el mundo árabe. Las disfunciones políticas están provocadas por la falta de adaptación de los distintos regímenes políticos a la nueva globalización. En las disfuncionalidades económicas influye el tamaño de los países para competir en una economía global, la interdependencia entre estados y la socialización que demanda a las administraciones un gran número de servicios. Un cuarto ámbito son las disfunciones de seguridad, donde la pugna entre los grandes estados para ganar poder seguirá rigiendo la política internacional, con una mayor interdependencia entre países que en épocas pasadas. En el ámbito diplomático, es necesaria una diplomacia muy activa capaz de actuar desde un primer momento para evitar males mayores.

### Palabras clave

**Globalización, disfunciones, avances tecnológicos, estrategia, política, diplomacia, economía, cultura, seguridad y defensa.**

## *Florentino Portero Rodríguez*

### **ABSTRACT**

Globalization is the result of a long process that began with the human settlement along the planet and it continued with successive technological and communication revolutions. This globalization has caused various drawbacks in several areas: cultural, political, economic, security, diplomatic. The identity differences are exacerbated in a multicultural environment, as it occurs in Europe and the Arab World. Political drawbacks are caused by the lack of adaptation of different political regimes to the new globalization. The countries size to compete in a global economy, the interdependence among states and the socialization that requires a large number of services to the government influences on the economic drawbacks. A fourth area is security drawbacks, where the struggle among big states will continue to control international politics, with a greater interdependence among countries than in the past. At diplomatic level, a very active diplomacy is needed, capable of acting at an early stage to avoid greater harm.

### **Key words**

**Globalization, drawbacks, technological advances, strategy, politics, economicspolitics, diplomacy, economy, culture, security, defense.**

## ■ INTRODUCCIÓN

La globalización es un proceso que comenzó tras la colonización del planeta por el *homo sapiens*. Desde entonces los avances técnicos han ido facilitando el contacto entre unas y otras comunidades. La doma del caballo, la invención de la rueda, la navegación, el ferrocarril, el automóvil, la aviación, las sucesivas revoluciones en el ámbito de la comunicación han ido imprimiendo su particular sello a este proceso, que está inexorablemente unido a la civilización humana. La distancia hizo inevitable el desarrollo de culturas distintas, con sus particulares dimensiones religiosa, humanista y científica. Diferencias que se convirtieron en una permanente fuente de tensión en cuanto el contacto se fue haciendo más frecuente. La identidad aportaba cohesión al grupo a costa de segregar «al otro». La organización en razas o civilizaciones, términos perfectamente inconsistentes, permitían dar un enfoque científico a lo que no eran más que prejuicios culturales interesados.

Cada cultura dio paso a formas específicas de organización social y política. Familia, clan, ciudad-estado, reino, imperio, nación... se fueron sucediendo en una evolución cuyo fin no parece cercano. Identidad, historia, cultura, forma de organización política son elementos diferenciadores que cohesionan y separan comunidades. A medida que a lo largo de la historia los avances técnicos permitían que grupos humanos distintos entraran en contacto se producía una fricción que, a medio y largo plazo, podía tener mejores o peores resultados. La globalización planteó, y continúa planteando, la necesidad de convivir, lo que se resolvía mediante la supremacía, la subordinación o el mutuo respeto. Fuerza y derecho. Conquista, amenaza, disuasión o sanción han dado forma al mundo que conocemos.

El fin de la Guerra Fría, con el derribo del Muro de Berlín y la descomposición de la Unión Soviética, ha dado paso a un nuevo entorno internacional cuyo término de referencia es «globalización». No es que estemos ante un nuevo fenómeno, pues en realidad nos acompaña desde hace siglos, sino que este ha tomado nuevas dimensiones. Por una parte, los avances tecnológicos desarrollados a lo largo de la segunda mitad del siglo xx han acelerado el proceso, facilitando la comunicación entre sociedades distintas tanto en lo relativo a personas como a mercancías o ideas. El mundo se ha hecho más pequeño y dependiente. Por otra, la globalización ha afectado directamente al núcleo identitario. El contacto entre pueblos distintos dio paso a influencias y cambios en los comportamientos, con sus inevitables consecuencias, pero la revolución de las tecnologías de la comunicación ha ido mucho más allá derribando barreras y poniendo las bases para cambios extraordinarios y de consecuencias imprevisibles.

No hay marcha atrás. Los cambios tecnológicos van a más y con ellos sus efectos sobre la política internacional. Llevamos casi dos décadas repitiendo que la

---

globalización es una realidad incontestable, reconociendo que sus efectos están a la vista, pero en un comportamiento más reflejo que racional tratamos de enfrentarnos a ellos con una mentalidad propia de un mundo que ya no existe.

## ■ DISFUNCIONES CULTURALES

Miles de millones de personas en todo el planeta están accediendo a información sobre temas fundamentales para su vida, como el origen del universo y de la vida; la naturaleza humana; la libertad y la justicia; costumbres de distintas comunidades arraigadas en sus creencias e historia. Información que pone a prueba sus específicos sistemas de prejuicios, esos que dan consistencia a sus comportamientos sociales y a sus vivencias personales. Pero no solamente tienen la oportunidad de conocer. De hecho, entran en contacto con esas otras culturas hasta el punto, y esto es lo característico del tiempo presente, de que su propio desarrollo depende de ser capaz de gestionar esas relaciones. En cualquier punto del planeta el desarrollo económico y social de sus comunidades pasa por asumir un entorno pluricultural, una relación intensa con gentes de origen, costumbres y creencias distintas que inevitablemente plantean problemas de orden social y político.

30

A diferencia de los androides, los *sapiens* no somos específicamente racionales. Lo que nos caracteriza es nuestra carga sentimental y nuestra potencialidad creativa. Pensamos al tiempo que sentimos y nuestros sentimientos afectan, o si se prefiere ciegan, nuestra razón. En un entorno pluricultural se hace aún más necesario que en tiempos anteriores tener una identidad definida, asumida y acorde con los retos de esta época. Si, parafraseando a Renan o a Ortega, una nación, variante occidental de una comunidad, es un proyecto colectivo de vida en común, de lo que se trata es de tener proyecto y de que este sea factible. El hecho de existir, de tener un pasado más o menos prolongado o más o menos glorioso, no es garantía de que el proyecto sea consistente. Las comunidades –estados, imperios, naciones– nacen y mueren, se constituyen y se disuelven como cualquier otro fenómeno histórico. El existir no es garantía de futuro, sino solo constatación de pasado. La fase de intensa globalización en la que nos encontramos evidenciará las debilidades de muchos proyectos, acelerando y agravando sus crisis. El problema es que, en un mundo profundamente interconectado, una comunidad en crisis es un problema de todos, con consecuencias que se pueden prolongar en el tiempo.

Si nos fijamos en lo que está ocurriendo en Europa hallamos ejemplos paradigmáticos. Una cultura que se forjó en un equilibrio entre valores judeocristianos y razón crítica entró en una profunda crisis durante el siglo xx. Lo característico de Europa fue un préstamo de Oriente Medio: la idea radical de que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, lo que implica

---

una determinada interpretación de la dignidad humana. Sin ella hubiera sido impensable el desarrollo del humanismo, del liberalismo y, finalmente, de la democracia. Sin embargo, la idea de la centralidad del hombre en el Universo, y por extensión del planeta Tierra, fue sufriendo una paulatina demolición, que comenzó con los avances en la astrofísica a partir del Renacimiento y continuó con la teoría de la evolución. Cuando mayor era el poderío europeo, cuando su influencia colonial se extendía por todos los mares, cuando su ciencia no tenía parangón y las sucesivas revoluciones industriales mostraban una capacidad de generación de riqueza desconocida hasta la fecha, el Viejo Continente comenzaba a enfrentarse con sus demonios más enconados: las dudas sobre los fundamentos de su visión del mundo y los efectos sociales y políticos de la industrialización. A la sacralización del individuo sucedió la de la clase, la nación o la raza, con las consecuencias conocidas por todos. El proceso de integración europeo fue, entre otras cosas, el intento de dotar a las sociedades europeas de un nuevo proyecto colectivo que les permitiera superar tanto su fallido humanismo como sus marcadas tendencias totalitarias. Europa había entrado en decadencia, pero esta era evitable. Había perdido el norte, además de sufrir dos guerras mundiales, que en el contexto europeo fueron civiles, y haber provocado tanto la Shoa como el Gulag. Europa había pasado de ser un modelo de desarrollo y civismo al ejemplo de todo lo peor a lo que una cultura podía llegar. El desastre era evidente, pero no podía ser una excusa para la inacción y la melancolía. Los padres fundadores del proceso de integración utilizaron esa generalizada sensación de crisis cultural como combustible para reconstruir el continente bajo nuevos parámetros. La combinación de europeísmo y protectorado norteamericano en el marco de la Guerra Fría permitieron a los europeos crecer y recuperarse, pero solo parcialmente. Los problemas de fondo se mantenían. La «crisis de la modernidad», con sus clásicas certezas, empujó a unas sociedades desfallecidas y sin confianza en sí mismas a un estéril relativismo. Para superar las viejas tensiones sociales se levantaron «estados de bienestar», cuya gestión viene exigiendo tanto ingentes recursos como una profesionalidad en la clase política que no siempre se dan, ahogando finalmente el crecimiento. La aceptada y deseada dependencia del Estado sumada a una cultura de consumo y hedonismo han acabado por definir unas sociedades faltas de dinamismo y envejecidas. Los europeos han vuelto a perder fe en sí mismos y en su propio futuro, lo que se manifiesta de forma evidente en una demografía declinante. Los europeos hemos dejado de reproducirnos porque no estamos interesados en el futuro.

Por razones muy distintas el mundo árabe, y en menor medida el conjunto del islam, parece encontrarse en una encrucijada compleja. Tras siglos de decadencia en términos relativos, pues su aportación a la ciencia y al conocimiento dejó tiempo atrás de ser relevante, se encontró con que la descomposición del último califato y el consiguiente proceso descolonizador le colocaba ante la tesitura de tener que constituir estados, erigir administraciones y dotarse de

---

élites políticas capaces de asegurar su viabilidad. Tras décadas de experimentación, una ola de islamismo se está llevando por delante regímenes más o menos prooccidentales, pero corruptos e incapaces de satisfacer demandas sociales de poblaciones jóvenes pero insuficientemente educadas. No estamos ante un giro democratizador, como erróneamente se ha repetido en los medios de comunicación occidentales, sino ante un caso de socialización de la vida política por el que millones de personas se movilizan contra gobiernos que no resuelven sus problemas, generando un vacío de poder que es aprovechado por aquellas formaciones más sensibles al sentir popular y mejor organizadas. Las sociedades árabes no parecieron escandalizadas por las contradicciones entre el islam y los procesos de modernización inspirados en Occidente mientras el proyecto parecía viable, cuando cabía esperar que la situación mejorara paulatinamente, se ampliaran los servicios de salud y educación, la economía se desarrollara y las generaciones jóvenes tuvieran opciones de futuro. El auge del islamismo no deriva de que esas sociedades hayan llegado al convencimiento de que no hay camino fuera de una interpretación fundamentalista de su religión, sino de algo más complejo. Su ensayo de modernización en clave occidental ha fracasado aparentemente. Con masas poco educadas tratan de buscar alternativas en el mundo que conocen y eso da una gran ventaja a las organizaciones islamistas que cifran la salida de la crisis en una vuelta al rigorismo. Gracias a los medios de comunicación modernos han accedido a información sobre cómo se vive en otras partes del planeta y han comprobado la existencia de desniveles en la calidad de vida difícilmente aceptables. De igual manera, han constatado que las sociedades occidentales responden a valores y costumbres tan ajenos como rechazables para muchos de ellos –individualismo, consumismo, libertad sexual, relativismo, laicismo–. Por todo ello tratan de forma instintiva de encontrar una vía de modernización acorde con sus parámetros tradicionales.

Los proyectos europeo y árabe, por razones muy distintas, se encuentran en crisis, lo que sitúa a sus respectivas sociedades en una posición de debilidad. Pero en ambos casos la globalización ha jugado un papel determinante. En el primero de ellos, porque ha puesto en evidencia los límites del proceso de convergencia continental y el alto coste de años de introspección y ensimismamiento. Mientras los europeos debatían cómo avanzar en la construcción de la Unión, con éxitos limitados, el mundo cambiaba a sorprendente velocidad haciendo del área Pacífico-Índico, el nuevo eje económico del planeta. Los europeos no tenían problemas para aceptar la idea de que el mundo se había globalizado, pero han sido incapaces de adaptarse a él. Más aún, su declive demográfico, la presencia de comunidades de emigrantes y la crisis económica resultan una combinación idónea para que algunos de los viejos demonios europeos renazcan. Por el contrario, el mundo árabe se encuentra en crisis por no aceptar la globalización. Tras siglos viviendo de espaldas a la ciencia y al pensamiento crítico sus sociedades carecen de las herramientas fundamentales para encontrar su sitio en un entorno altamente competitivo. Sus ciudadanos

---

se sienten desplazados y piensan que su cultura está amenazada por un nuevo modelo de sociedad multicultural y laica que parece imponerse al abrigo de las nuevas realidades. La alternativa implica cambio, pero no marcha atrás. El auge del islamismo les proporciona un refuerzo identitario, que es útil en circunstancias como las presentes. No es casual que la Rusia post-soviética utilice a la Iglesia ortodoxa para reforzar el antes despreciado nacionalismo ruso o que el Partido Comunista Chino reactive y proteja su cultura milenaria tras haberla perseguido y despreciado. Los islamistas sacarán a sus países de la situación en que se encuentran si son capaces de compaginar islam con ciencia, religión con libertad de pensamiento. El futuro está abierto, pero el cálculo de probabilidades apunta a que profundizarán en la crisis, incapaces de atraer inversión extranjera y de llevar a cabo los importantes cambios estructurales pendientes. La globalización actuará agudizando los problemas, subrayando los contrastes y aumentando las tensiones sociales.

## ■ DISFUNCIONES POLÍTICAS

La globalización, en realidad el nivel de globalización característico de nuestros días, no es una opción, algo que podamos aceptar o rechazar. Es sencillamente una característica de nuestra época, resultado del desarrollo tecnológico. A lo largo de la Historia hemos podido ver cómo descubrimientos científicos permitan cambios en la vida cotidiana que acababan dando paso a auténticas revoluciones. Más recientemente nos hemos acostumbrado a vivir en una revolución tecnológica permanente, de tal modo, que si miramos atrás y tratamos de recrear el mundo en el que crecieron nuestros padres o vivieron nuestros abuelos tenemos la sensación de que han pasado siglos más que décadas, pues los cambios de todo tipo sucedidos son tan importantes que cuesta creer el escaso tiempo transcurrido.

Hace apenas un siglo creíamos que la Vía Láctea era todo el Universo y nos encontrábamos lejos de asumir que el Universo en su conjunto estaba expandiéndose, poniendo en cuestión la Ley de la Gravitación Universal, enunciada por Isaac Newton. Qué decir de la Teoría General de la Relatividad, de Albert Einstein, o de todo lo concerniente a la física cuántica; de fenómenos hoy fundamentales para entender el mundo en que vivimos, como la materia oscura o la energía oscura. Hoy escuchamos con normalidad información sobre la colonización de Marte, sobre el efecto que el choque entre las galaxias Andrómeda y Vía Láctea tendrá sobre la Tierra, las dificultades para viajar hasta Alfa-Centauri –la estrella más próxima a nuestro Sol– o sobre cómo los telescopios que hemos situado en el espacio descubren nuevos cúmulos y supercúmulos de galaxias. Estos ejemplos relativos a los avances en nuestro conocimiento de astrofísica tienen sus equivalentes en cualquier otro campo de la ciencia. Si antes descubrimientos tecnológicos daban paso a revoluciones sociales, ahora

los avances en este campo se producen en un continuo, con sus inevitables consecuencias de todo tipo. La globalización es uno de sus efectos, quizás el más llamativo, el más visual.

Ante ella los regímenes políticos, con todo su aparato institucional, tienen que adaptarse. Sin dejar de cumplir su función natural de ordenar la vida de una determinada comunidad, tienen además que ser capaces de facilitar su integración en un mundo globalizado, explicando cuáles son las nuevas coordenadas sobre las que actuar y liderando la inevitable adaptación. Los sistemas educativos son el punto de partida para ayudar a la ciudadanía a vivir con normalidad en un mundo pluricultural, donde la formación y la actitud son las premisas básicas para lograr el éxito. Gobernantes y gobernados tienen que actuar conscientes de que no solo no están solos, sino que su existencia cotidiana depende de lo que ocurre en otros estados, de su relación con ellos o de situaciones que no pueden controlar.

Sorprende y preocupa la cantidad de declaraciones y publicaciones rechazando o condenando la globalización, como si este proceso tuviera una dimensión moral. No la tiene. No es el efecto de un acto humano concreto, realizado de forma voluntaria. Por el contrario, es el resultado de la acción cotidiana de millones de personas, de la civilización que todos juntos conformamos. Las personas utilizarán los medios que la globalización les facilita para actuar bien o mal, inteligente o estúpidamente, responsable o irresponsablemente. La globalización es sencillamente la realidad que nos ha tocado vivir, consecuencia del trabajo de las generaciones precedentes. Negarla es rechazar la realidad tal cual es, un acto tan reaccionario como estéril. Ningún estado va a resolver sus problemas dándoles la espalda, sino afrontándolos con criterio.

Hemos visto cómo la cultura popular norteamericana ha penetrado y calado en Europa hasta límites que los a menudo antinorteamericanos ciudadanos del Viejo Continente no parecen comprender. Incluso los más radicales críticos del Imperio americano sienten la necesidad de vestirse de norteamericano, imitando sus costumbres. En un formidable ejemplo de mimetismo cultural el antinorteamericanismo europeo ha ido dejando de lado argumentos autóctonos para hacer suyos aquellos elaborados en los propios Estados Unidos. Más allá de los aspectos culturales vemos cómo la admiración por la política estadounidense ha empujado a muchos partidos políticos europeos a introducir elecciones primarias o a hacer de Internet un campo de batalla ideológico. Más aún, el proceso de integración europeo no solo nació de una iniciativa norteamericana dirigida a combatir el nacionalismo y frenar la expansión del comunismo en Europa, el Plan Marshall, además aspira en último término a constituir unos Estados Unidos de Europa, conscientes de que el estado nación, resultado de las revoluciones napoleónicas, no es el instrumento político apropiado para hacer frente a los retos del siglo XXI.

---

Por el contrario, esa misma cultura política norteamericana ha provocado en otras partes del mundo efectos distintos. El islamismo moderno solo se entiende por el contacto entre ambas culturas a partir del hundimiento del Califato turco y de la apertura a Occidente. Los islamistas comprendieron ya antes de la II Guerra Mundial que una estrecha relación con Occidente supondría a medio plazo el fin de su forma de entender el islam. Qué decir de la evolución de los medios de comunicación desde entonces y del efecto que el *american way of life* ha tenido y continúa teniendo en esa parte del mundo. Tras la independencia, los nuevos gobiernos trataron de establecer estrategias de modernización mediante una combinación de elementos tradicionales y europeos —en particular tomados del nacionalismo, el fascismo y el socialismo— pero evitando la constitución de auténticas democracias. Esos regímenes se enfrentaron con serios problemas, dado el atraso en el que sus sociedades se encontraban, a los que sumaron los propios de la corrupción e incompetencias característicos de las dictaduras. La experiencia fracasó, generando una situación política peculiar de la globalización. Las razones de la crisis son internas, pero la propaganda islamista, orquestada desde medios de comunicación multinacionales, afirma que es responsabilidad de Occidente al imponer y controlar gobiernos corruptos que trabajan en favor de sus intereses y no de los de sus propios pueblos. La sensación de fracaso colectivo se intenta reconducir estableciendo unos culpables virtuales y proponiendo como alternativa una estrategia fundamentalista, que pasaría por aislarse culturalmente del entorno, restablecer políticas fundamentalistas y ejercer una constante presión sobre Occidente a través de la movilización de las poblaciones musulmanas, de la amenaza de crisis regionales o de la concesión de contratos. Una de las paradojas más ilustrativas de esta situación es la que se refiere al principio democrático. La democracia es la quintaesencia de la filosofía política occidental, donde se plasma su visión sobre la dignidad individual. Los islamistas rechazan la influencia occidental, y muy especialmente sus instituciones políticas. Aun así, el prestigio de la democracia en el mundo, más aún desde la crisis del comunismo soviético y la transformación del chino en algo todavía por definir, los islamistas no dudan en acogerse al principio democrático para acceder al poder y legitimar su gobierno. La denuncia de las dictaduras y la exigencia de democracia tienen rédito político en cualquier parte del mundo, aunque entre en abierta contradicción con los fundamentos ideológicos y las intenciones reales de sus autores. Paradojas aparte, la vuelta al fundamentalismo tiene como efecto la profundización en las causas del atraso, lo que no hará más que agravar la crisis. El auge del islamismo es un ejemplo paradigmático de cómo la globalización puede agudizar crisis locales o regionales por falta de adaptación al entorno.

Occidente e islam no son mundos estancos donde se den procesos específicos. El islam está en Occidente y Occidente está en el islam. Millones de musulmanes viven en Europa. Unos son europeos, otros están y serán o no europeos. Lo importante es que los debates, tensiones y contradicciones del islam de hoy

---

son parte de la vida cotidiana de Occidente y lo serán cada vez más a la luz de los comportamientos demográficos y migratorios. Precisamente porque ambas culturas conviven los procesos de asimilación y rechazo se dan con mayor intensidad. Las consecuencias políticas están a la vista.

Surgen nuevas formaciones partidistas exigiendo mayor integración de las poblaciones musulmanas, controles migratorios más fuertes y recortes en las generosas prestaciones sociales ante lo que se percibe como una falta de disposición a formar parte de la comunidad, cuando no una voluntad de subvertir el orden constitucional. Los problemas son reales, pero la realidad es más compleja de lo que a menudo se da a entender. Entre los que se asimilan dejando atrás sus raíces y los que rechazan a Occidente hay una gama de actitudes. Los primeros no representan ningún problema, los segundos sí, tanto políticos como de seguridad. Están surgiendo ciudades que viven de espaldas al estado de derecho, con sus propias normas, dirigentes y objetivos. Son el resultado del fracaso de estrategias de multiculturalismo y de estados de bienestar demasiado generosos que les permiten sobrevivir sin necesidad de incorporarse plenamente al mercado de trabajo. Entre unos y otros, en la amplia gama de grises, se encuentran miles de familias que tratan de encontrar su sitio formando parte de la sociedad de acogida, pero sin renunciar a su cultura de origen. La combinación entre el auge del relativismo en las poblaciones autóctonas, lo que implica una renuncia a defender los fundamentos del Estado de derecho heredado, y la demanda de reconocimiento legal y social de una sociedad multicultural crea una situación proclive a la inestabilidad y la tensión, donde la identidad de una nueva sociedad claramente pluricultural tratará de definirse en un entorno de fuerte debate.

La globalización aceleró la crisis de los regímenes árabes y facilitó el renacimiento de las distintas corrientes islamistas. Pero el proceso no ha hecho más que empezar. Los islamistas aspiran a limpiar su cultura de la corrupta contaminación de Occidente, pero se sienten obligados a defender la democracia como medio para acceder al poder y como instrumento de legitimación. En el medio y largo plazo los mismos medios de comunicación nacionales o internacionales que pusieron contra las cuerdas las viejas dictaduras continuarán difundiendo entre la población valores, principios, ideas, programas... que responderán a una cultura crecientemente globalizada y alejada de sus esquemáticos y arcaizantes postulados. Si las viejas dictaduras cayeron por no ser capaces de modernizar sus países a la velocidad requerida, sus sucesores no podrán retener el poder, ni siquiera haciendo un intenso uso de la fuerza contra sus propios conciudadanos, si dan la espalda a la realidad y tratan de dar respuesta a los retos de nuestro tiempo con recetas del siglo XVIII. No es posible aislar al islam de su entorno, que es el conjunto del planeta. No es posible eliminar la supuesta contaminación occidental y mantener un ámbito cultural prístino. No hay marcha atrás. Los islamistas tendrán que ser creativos

y diseñar estados modernos compatibles con valores tradicionales y capaces de generar riqueza. Occidente está y estará en el núcleo de la moderna cultura musulmana. Si los islamistas fracasan en la necesaria fusión de tradición, identidad y modernización la región profundizará su actual crisis política con consecuencias críticas para todos.

En América Latina o en Asia encontramos igualmente ejemplos de adaptación al cambio o de rechazo y de cómo los regímenes vigentes tendrán que adaptarse a nuevas y ciertamente distintas circunstancias. En épocas de cambio e incertidumbre la respuesta más sencilla es inventarse el pasado, asiéndose a unas señas de identidad con un fuerte componente subjetivo y una gran carga de nacionalismo. Pero, sin negar la importancia de estos comportamientos sociales para mantener la cohesión de la sociedad, facilitando así la adopción de medidas impopulares o arriesgadas, no serán suficientes si falta lo fundamental: un proyecto de futuro acorde con las circunstancias de nuestro tiempo. Una comunidad sin una identidad definida y un proyecto realista será, a fin de cuentas, un problema para sí misma y para los demás.

## ■ DISFUNCIONES ECONÓMICAS

En un mundo globalizado el tamaño cuenta hasta el punto de convertirse en un factor determinante. Los actores globales cifran sus poblaciones en cientos de millones, y es que solo así se puede disponer de los recursos humanos, capacidad investigadora, medios de producción, tejido empresarial, administración y fuerzas armadas capaces de defender los intereses nacionales. El estado nación puede continuar siendo un instrumento apropiado para gestionar los retos económicos propios del siglo XXI si resuelve su cuestión de tamaño. Es evidente que Estados Unidos, China o India tienen identidad nacional, estado y población suficiente. El problema lo tienen aquellos otros, la gran mayoría, que no reúnen estas condiciones. Una estrategia para lograr tamaño es la asociación. De hecho, desde la II Guerra Mundial hasta hoy la tendencia a avanzar en esta línea es muy marcada. Se trata de lograr ciertas capacidades sin renunciar totalmente al ejercicio de la soberanía, porque hacerlo puede provocar aún mayores problemas que los que se tratan de resolver. No hay una receta milagrosa. La política es, sobre todo, antropología y cada pueblo y región deberá avanzar desde su propia forma de ver las cosas, desde su historia, tradición y valores.

No todos los estados podrán asociarse, o no podrán hacerlo con quien quieran. El déficit en tamaño tendrán que compensarlo vía productividad. Un mundo mucho más competitivo, como el que vamos a ir conociendo en las próximas décadas, hará de la formación un objetivo aún más importante. Educación e investigación son sectores estratégicos para un país, donde realmente se juegan su futuro. Aquellos que se contenten con la mediocridad tendrán garantizada la

decadencia y con ella la dependencia. Los que, por el contrario, apuesten por la excelencia contarán tanto con cuadros directivos como con patentes y estarán en condiciones de competir, a pesar de su limitado tamaño.

La tecnología y los formidables avances en comunicación y logística permiten a estados poco desarrollados convertir su situación en una ventaja competitiva, colocando sus productos en los mercados más importantes a precios imbatibles. Ello implica la voluntad y la capacidad de entender las claves de la sociedad global y de adaptarse y aprovecharse de ellas. Pero, al mismo tiempo, si esa voluntad y/o capacidad no se da, si la tradición, el fanatismo o la corrupción endémica en tantos estados bloquea esos comportamientos, entonces ese estado se estará condenando a un futuro problemático, que podrá convertirse en un problema para todos. De la misma forma que la globalización proporciona oportunidades para crecer y desarrollarse tiende a agravar la situación de aquellos estados que, por las razones que fuere, no se integren en el mercado global.

Globalización implica interdependencia. Lo que ocurre en un sitio tiene efectos en sus antípodas. Los mercados pierden autonomía frente a la emergencia de uno único y global. China es el principal tenedor de deuda soberana europea. Durante años fue una forma segura de invertir, a costa de unos intereses limitados. Ahora la incertidumbre sobre lo que pueda ocurrir en el seno de la Unión empieza a afectar a la gran potencia asiática tanto por la calidad de sus inversiones como por el efecto de la crisis europea en la demanda de sus propios productos. No basta con hacerlo bien, es necesario que los demás cumplan con su parte del trabajo. La crisis del vecino o su conversión en estado fallido es ahora un problema propio. Es interés nacional que otros estados funcionen correctamente, que cumplan con sus obligaciones, que generen riqueza, porque de no hacerlo las consecuencias de sus actos podrían afectar seriamente al resto. Si Grecia no fuera capaz de hacer frente a sus obligaciones en el servicio de su deuda soberana no solamente afectaría gravemente la solvencia de algunas entidades financieras francesas y alemanas, además podría desatar una crisis de solvencia que afectara finalmente a la propia existencia del euro, lo que tendría consecuencias desastrosas tanto para la economía norteamericana como para la china. Los estados compiten por conseguir mayores cuotas de poder, como vienen haciendo desde hace siglos, pero ahora lo intentan sin perder de vista que su bienestar depende de muchos factores que les son ajenos y que pasan por la estabilidad y buen gobierno de otros estados, en algunos casos muy alejados.

Una de las características fundamentales de la globalización, a la que ya nos hemos referido antes, es la socialización. Los individuos saben que son los protagonistas de su propia vida. Que, si quieren, pueden cambiar a sus gobernantes. El coste puede ser muy alto, pero los medios de comunicación les muestran

---

todos los días que es posible. Los gobiernos necesitan satisfacer demandas básicas, o no tan básicas, para garantizar la estabilidad de sus regímenes, y eso pasa por políticas económicas muy profesionalizadas. La economía ha ocupado siempre un papel relevante en el diseño de las políticas de cualquier estado, pero en nuestros días ese papel se ha hecho más importante hasta el punto de que hemos empezado a hablar con naturalidad de «geoeconomía», término que propuso en los 90 Luttwak y que durante algún tiempo fue considerado una exageración extemporánea de un estratega conocido por sus extravagancias. Las sociedades se han hecho mucho más complejas, demandando a sus administraciones un gran número de servicios, muchos de los cuales dependen de suministros del exterior. De la misma manera, su tejido industrial, en cuanto haya adquirido un cierto tamaño, se encontrará inserto en redes comerciales internacionales. La estabilidad interna de las sociedades modernas depende de lo que ocurra más allá de sus fronteras, de ahí que las políticas exteriores tengan de forma creciente un contenido comercial. Por una parte, deben ocuparse de garantizar el acceso a materias primas y tecnologías necesarias para satisfacer demandas sociales e industriales; de otra, tienen que facilitar la venta de productos propios tanto para generar riqueza como para equilibrar o inclinar a su favor la balanza comercial. A mayor sofisticación de la economía nacional, mayor será la dependencia de los mercados internacionales. La combinación entre demandas sociales e interdependencia económica establece un nuevo marco político de muy difícil gestión, en particular para aquellos regímenes políticos que por sus particularidades constitucionales tienen dificultad para establecer estrategias en el medio y largo plazo. En entornos tan complejos el oportunismo puede, en el mejor de los casos, deparar una gloria pasajera. Solo aquellas sociedades que sepan lo que quieren y estén dispuestas a adaptarse a las nuevas circunstancias tendrán opciones en la economía del siglo XXI. Las que apuesten por ignorar los nuevos retos, traten de mantener sus servicios sociales y su nivel de vida parapetándose tras una muralla de aranceles o no comprendan el carácter estratégico del tándem formado por la educación y la investigación se verán arrolladas por un mundo que no entiende de pasados ilustres ni de derechos adquiridos.

## ■ DISFUNCIONES DE SEGURIDAD

El siglo XXI no tiene por qué ser más seguro o inseguro que los que le precedieron. En lo fundamental la política internacional continuará rigiéndose por la pugna entre los grandes estados para ganar poder. Unos estados aumentarán su influencia mientras otros la perderán; unas regiones ganarán centralidad mientras otras la perderán. Pero la vida es cambio y ninguna época es igual a otra. Las tensiones se desarrollarán en un entorno nuevo y distinto que, como los que le precedieron, aportará ventajas e inconvenientes. La interdependencia caracteriza nuestro tiempo o, por ser más preciso, una mayor interdependencia que

---

en épocas pasadas. Estamos ante un nuevo entorno, aunque con innumerables pervivencias del pasado. Encontramos elementos que facilitan la estabilidad y la solución concertada de los problemas y las crisis, así como otros que propenden hacia la irracionalidad y la violencia. Lo único seguro es que las viejas recetas ya no sirven, aunque de ellas podamos extraer innumerables lecciones.

Viejos temas cobran renovada importancia. El acceso al agua y, en general, a las materias primas ha ocupado al hombre desde sus comienzos en el planeta. En la medida en que las sociedades se hacen más numerosas y complejas y la demanda de servicios aumenta los gobiernos tienen aún más necesidad de garantizarse el acceso a esos recursos escasos. Por paradójico que pueda parecer en el momento en el que la civilización humana ha llegado a su mayor nivel de conocimiento tecnológico, recursos básicos como el agua recobran su condición de *casus belli*. Pero lo que realmente caracteriza nuestro tiempo no es tanto la dependencia de recursos próximos como de los lejanos. El comercio es una fuerza revolucionaria que facilita tanto el mutuo conocimiento como el desarrollo económico. Nos permite acceder a los bienes que necesitamos a un mejor precio..., pero todo ello genera finalmente relaciones de dependencia que afectan al normal desarrollo de la vida de nuestras sociedades. El comercio depende en gran medida de las rutas marinas y estas están expuestas a las tensiones regionales, al chantaje diplomático y a la piratería. El mar de la China Oriental, el golfo de Omán / estrecho de Ormuz, el mar Rojo, el estrecho de Gibraltar, por poner solo algunos ejemplos bien conocidos, son espacios en los que una intervención militar puede originar graves perjuicios en estados muy distantes, de ahí que traten de evitarlo estando presentes, física o diplomáticamente. Pero toda intervención genera reacciones, en especial de rechazo por parte de aquellos otros estados de la región que ven su soberanía o su influencia regional mermada. La secuencia globalización-interrelación-intervención es una seña de identidad de nuestro tiempo y ha llegado para quedarse. A nadie se le oculta que si bien la intervención resulta inevitable es a su vez una formidabile fuente de problemas.

Las tendencias fundamentalistas en distintas culturas, exacerbadas por la homogeneización provocada por la globalización, serán el previsible origen de tensiones diplomáticas y militares, que podrían llegar al uso de la fuerza. El intento de aislarse de las corrientes hegemónicas, preservando sus sociedades del contagio, su demonización de lo ajeno, la movilización social... todo ello creará ambientes propicios para la tensión internacional. En el islam, suníes y chiíes se disputan el liderazgo por la fuerza, convirtiendo los espacios en que conviven en campos de batalla. En sus estados, los islamistas tratan de transformar sus regímenes y de hacerse con el pleno control de las fuerzas armadas en pos de un modelo de actuación incompatible con la seguridad internacional. El futuro está abierto, nada es inevitable, pero la lógica de sus idearios lleva a la tensión más que a la estabilidad y a que los problemas internos de algunos

de estos estados deriven en procesos de somalización. A menudo, a estos elementos se sumarán viejos litigios nacionalistas o étnicos. Las guerras libia y siria tenían un origen interno, pero de inmediato actores regionales o globales intervinieron en función de sus propios intereses. Crisis como estas podrían repetirse, siempre con el riesgo de que su gestión derive en una guerra regional. Si en la cuestión libia el papel de la Liga Árabe fue suficiente para contener a Rusia, aunque sus consecuencias sobre el Sahel están por ver, en la guerra civil siria Rusia y China se han aliado decididamente con Irán creando un escenario de alto riesgo para la seguridad internacional.

Las armas de destrucción masiva –químicas, biológicas, nucleares, dispositivos de dispersión radiológica– son viejas conocidas. No fueron desarrolladas en las últimas décadas, pero sí es reciente la crisis del régimen de no proliferación nuclear. El régimen solo se podía mantener si el reducido grupo de potencias nucleares actuaban conjuntamente, disuadiendo o impidiendo que nuevos estados accedieran a este armamento a pesar de haberse comprometido a no hacerlo. Esto no ha ocurrido. Los «grandes» no han actuado de forma coordinada, intereses y perspectivas distintas han hecho posible que estas tecnologías se difundan y que se construyan nuevos arsenales, generando incertidumbres sobre su efecto en la estabilidad regional y sobre las consecuencias de su posible uso. Paradójicamente, tras la Guerra Fría resulta más probable el uso del arma nuclear que en los días en que un «holocausto» atómico se sentía inminente. Hoy el peligro no surge tanto de un enfrentamiento entre las grandes potencias como de crisis regionales con estados dotados de un número limitado de cabezas. Si entonces se temía la llegada de cientos de misiles dotados de múltiples cabezas hoy la preocupación se centra sobre el posible uso de «bombas sucias» o algunos pocos misiles. De un mundo organizado en bloques hemos pasado a otro más diverso, donde la influencia de las grandes potencias resulta menor. Las armas de destrucción masiva son, en términos comparativos, baratas, y muchos regímenes consideran que son excelentes escudos, garantes de una independencia no siempre utilizada de forma ejemplar. Las experiencias norcoreana e iraní convencerán a muchos gobiernos de la conveniencia, cuando no necesidad, de dotarse de este armamento. ¿Qué hacer ante un escenario de esta naturaleza? ¿Era posible una «acción anticipatoria» (*preemptive action*) sobre Corea del Norte siendo un estado satélite de China y gozando de su protección diplomática? Es evidente que un ataque sobre las instalaciones nucleares iraníes es viable, pero no lo es tanto que las potencias occidentales estén dispuestas a asumir sus consecuencias. Si nuevos programas nucleares se desarrollan ¿podrán los «escudos» antimisiles garantizar nuestra seguridad? Sin duda son un aporte, pero hoy por hoy su capacidad es limitada. Un programa nuclear no se improvisa. Si se actúa de forma clara, inteligente y contundente desde un principio las posibilidades de abortarlo son altas..., pero eso nos lleva de nuevo a la intervención, el debate diplomático por excelencia de nuestra época.

En un mundo globalizado la comunicación es un elemento crítico. Lo es en lo relativo a los contenidos. Quien informa moldea la realidad de acuerdo con su interés. Tan real es lo sucedido como la percepción que de ello tiene un ciudadano, aunque ambas descripciones tengan poco en común. Para el historiador del futuro será tan importante comprender lo que ocurrió como lo que la gente creyó que ocurrió y las consecuencias que de ello se derivaron. No hay ninguna razón para ser optimista sobre la calidad de los contenidos de los medios de comunicación en el conjunto del planeta y muchas para temer sus efectos sociales y políticos. Gobiernos y corporaciones moldean la información según su interés, creando estados de opinión que finalmente condicionan o respaldan determinadas políticas. Puesto que el proceso de socialización de la vida política ha avanzado sensiblemente, las naciones deben ser capaces de llegar a esas audiencias foráneas para presentar y defender su particular visión de la realidad. La diplomacia pública (relación de una Administración con una sociedad distinta a la propia), los medios de comunicación públicos y también las grandes corporaciones de comunicación privadas son instrumentos esenciales que complementan el trabajo cotidiano de la diplomacia clásica (relación Administración-Administración). La inacción en este terreno supone dejación, permitiendo a otros actores llenar el vacío con argumentos distintos.

Las infraestructuras de la comunicación suponen una vulnerabilidad aún mayor. El espectacular desarrollo económico que hemos vivido desde el fin de la II Guerra Mundial tiene su fundamento en los extraordinarios avances tecnológicos. Si hemos conseguido situar una sonda espacial en las lindes del sistema solar o hemos logrado secuenciar el genoma humano es porque disponemos de medios difíciles de imaginar a principios del siglo xx. Nuestras sociedades están profundamente informatizadas, lo que supone que nuestras grandes corporaciones se desarrollen en torno a redes de ordenadores programados para realizar un sinnúmero de tareas. Nuestros bancos, compañías eléctricas, sistemas de salud, agencias tributarias... son en realidad ordenadores preparados para recibir y procesar ingentes cantidades de información. Tanto la economía de una nación como su seguridad física dependen de que esos ingenios trabajen apropiadamente. Sin embargo, resulta en extremo fácil boicotear su trabajo. Hemos visto cómo se extraían miles de documentos del Departamento de Defensa de EE. UU. para ser publicados en Internet, a pesar de los millones de dólares que el contribuyente gasta para garantizar su invulnerabilidad. Pero un joven con una memoria externa demostró lo sencillo que resultaba violentarla. Los esfuerzos iraníes por preservar las cascadas de centrifugadoras que tratan de purificar el gas hexafluorido para poder disponer de uranio enriquecido resultaron infructuosos ante el «*software* malicioso» introducido desde otra memoria externa por un ingeniero que posiblemente desconocía parte del contenido. Ambos episodios, junto a otros muchos que podríamos citar, demuestran que se puede acceder al contenido de un ordenador conectado de la misma forma que se puede alterar su comportamiento para que haga algo contrario a los intereses

---

de su propietario. Por otra parte, la comunicación entre sistemas informáticos – ordenadores, tabletas, teléfonos, GPS... – depende del correcto funcionamiento de satélites que orbitan la Tierra. Esos satélites son vulnerables a la acción de un estado enemigo, lo que podría llevar también a serios problemas en el funcionamiento de administraciones y empresas. Pero también lo son ante fenómenos naturales, como las «tormentas solares», nubes de polvo con fuerte carga electromagnética que «freirían» fácilmente estos ingenios. Dependiendo de la intensidad de la tormenta sus efectos afectarían solo a los satélites o también a las redes de ordenadores que regulan nuestra vida cotidiana. Nos encontraríamos ante un escenario posbélico sin haber pasado por una guerra. Unos efectos similares al uso, esta vez con criterios militares, de un «pulso electromagnético», una carga electromagnética activada mediante una bomba que tiene como objetivo anular cualquier sistema eléctrico. La guerra del futuro no se desarrollará solo en tierra, mar y aire, el espacio y el ciberespacio serán campos de batalla aún más críticos. Acabar con la red eléctrica, el suministro de aguas, los servicios bancarios, la gestión del tráfico... hundiría la retaguardia antes de actuar sobre la primera línea, antes de disparar sobre un solo soldado. Resulta por todo ello obvio reconocer la importancia de que los gobiernos empleen tiempo y medios en dotarse de las capacidades necesarias para limitar sus vulnerabilidades, minimizar el daño que un ataque podría producir y maximizar, junto con sus aliados, sus medios para actuar contra un enemigo si fuera necesario. Hay que tener en cuenta que en este terreno los actores no siempre son actores. Del mismo modo que ocurre en el campo del terrorismo, nos encontramos con organizaciones independientes y con otras que actúan como *proxies* o representantes al servicio de estados, a tiempo completo o parcial. Por ello no es tan fácil reaccionar ante un ataque. Una vez más anticiparse resulta vital.

## ■ DISFUNCIONES DIPLOMÁTICAS

Un mundo globalizado se caracteriza porque lo que ocurre en un punto del planeta afecta directamente al resto. No nos encontramos ante un problema de voluntad, sino de inexorable realidad. Queramos o no los intereses nacionales están afectados por procesos políticos o económicos en otros países, en ocasiones muy lejanos. Ante esta situación no es sensato quedarse de brazos cruzados, ahora más que nunca antes es necesaria una diplomacia muy activa capaz de actuar desde un primer momento para evitar males mayores. Cuando esos procesos se complican en conflictos violentos o guerras el reto aumenta, forzando a ir más allá. El uso de la fuerza se puede entonces desarrollar tanto en el marco de una «operación de paz» como en una acción concertada con un grupo de estados o incluso en solitario. En todos estos casos son necesarias:

1. *Una clara visión de cuáles son los intereses nacionales y de cómo deberían ser defendidos.* Hay estados, los menos, con una importante, cuando no
-

admirable, tradición estratégica. Hablamos de países con élites acostumbradas a reflexionar sobre estos temas y dotar a sus políticas de una sólida base doctrinal. Evidentemente, ese no es el caso de España. Sin embargo, los retos que plantea la nueva sociedad internacional hacen de dicha base una condición imprescindible. No es una opción. Aquellos estados que no sepan con claridad cuáles son sus intereses y cómo defenderlos sufrirán importantes pérdidas.

2. *Disposición a actuar en el largo plazo de forma coherente.* No estamos haciendo referencia a problemas puntuales que requieran de una acción precisa y aislada, sino a cuestiones de más calado que exigirán de cualquier diplomacia un trabajo constante. Si por presiones políticas o actitudes cortoplacistas se perdiera esa coherencia se produciría un impacto negativo tanto sobre la eficacia de esa política como sobre la moral de los cuerpos de la Administración que conforman el Servicio Exterior. Estos funcionarios trabajarán en la línea marcada con interés y disciplina si están convencidos de que tanto el Gobierno como el Parlamento les van a respaldar en todo momento. En caso contrario, cuando esa confianza se pierde, nos hallamos ante una situación muy común por la que los funcionarios marcan distancia de las «ocurrencias» del Gobierno y presionan para desarrollar una política muy pragmática y de cortos vuelos. No estaríamos entonces ante actitudes ideológicas, sino de prudencia corporativa, que redundarían muy negativamente en la política exterior de ese país. Solo con prudencia no se defienden los intereses nacionales, más aún en un escenario global. Además, son necesarias importantes dosis de ambición e inteligencia.
3. *Diplomacia en red.* Ningún estado, por grande y poderoso que sea, está en condiciones de hacer frente a la defensa de sus intereses nacionales en solitario. En un mundo tan profundamente interrelacionado no basta con tener una estrategia coherente y estar dispuesto a ser paciente, hay que contar además con aliados fiables que reúnan esas mismas características. Una alianza o una acción concertada requiere un duro y exquisito trabajo para limar asperezas, resultado de la fricción entre estrategias y políticas semejantes pero nunca idénticas. Es verdad que la revolución en los medios de comunicación ha alterado la forma característica de los siglos XVIII y XIX de hacer diplomacia, permitiendo a los dirigentes políticos mantener una relación directa. Pero, al mismo tiempo, las características de la nueva sociedad global exigen de los estados una acción exterior mucho más intensa y profesional, lo que llevará a cuidar la composición y formación de los cuerpos de funcionarios.

Por todo lo anterior resulta evidente que necesitamos organizaciones multilaterales capaces de actuar como espacios para la negociación diplomática y para la acción concertada. Sin embargo, Naciones Unidas fue diseñada en unas circunstancias muy distintas y con la intención de superar los problemas que llevaron al fracaso de la Sociedad de Naciones. El Consejo de Seguridad no

---

refleja el reparto de poder de nuestros días, y el derecho de veto de los cinco grandes, garantía de que ninguno de ellos tendrá necesidad de abandonar la Organización para defender sus intereses nacionales, supone que muchos de los temas que entran en la agenda quedarán bloqueados en su tramitación. En el plano jurídico vivimos la tensión entre un derecho público que tiene en el principio de no injerencia en los asuntos internos de un estado soberano su pilar central y la realidad de una sociedad internacional caracterizada por la interdependencia y la injerencia. La inadaptación del Consejo de Seguridad al tiempo presente ha provocado la aparición de «grupos de contacto» que, libres de las ataduras del Consejo, reúnen a los estados afectados para tratar de resolver crisis de todo tipo. La «injerencia por razones humanitarias», expresión de la exigencia ciudadana de evitar abusos más allá de sus fronteras, se ha convertido en la justificación de intervenciones que responden a motivos bien distintos. El contraste entre lo que se defiende y lo que se hace supone un ejercicio de hipocresía que acabará forzando cambios para adaptar normas y organizaciones a la realidad de nuestro tiempo.

## ■ CONCLUSIONES

La evolución tecnológica está provocando cambios sustanciales en las relaciones internacionales y a una velocidad tal que puede producir vértigo. Es verdad que en lo fundamental todo lo que estamos viendo y lo que está por llegar fue anunciado, pero aun así resulta difícil de asimilar. No es que estemos entrando en una nueva etapa, sino que nos estamos instalando en un mundo en permanente y acelerado cambio donde resulta difícil retener las señas de identidad que garantizan la estabilidad de personas y sociedades.

De la misma forma que para levantar un edificio alto es necesario dotarlo de unos sólidos cimientos, para que una sociedad pueda evolucionar y adaptarse a un entorno cambiante necesita tener una identidad clara y definida, unos valores compartidos y asumidos los retos a los que quiere enfrentarse. Solo sabiendo quién se es y adónde se quiere ir se pueden sobrellevar las innegables dificultades derivadas de un cambio rápido. La globalización está provocando tensiones que en muchos casos darán pasos a crisis abiertas de difícil resolución. En un mundo socializado las tensiones internacionales no se resuelven en campos de batalla convencionales, sino en guerras de ideas desarrolladas en el magmático mundo de la comunicación.

La globalización genera formidables oportunidades para quien se encuentra preparado para competir, al tiempo que desata crisis entre los que se ven desbordados por un mundo que ni entienden ni aceptan. No es cuestión de culturas, sino de estados y comunidades. En un mismo ámbito cultural unos estados aceptan las nuevas coordenadas mientras que otros las rechazan, bien porque no las entienden o porque creen que van en contra de sus valores. Estados

---

desarrollados temen por sus servicios sociales y tratan de levantar barreras arancelarias mientras se consumen en un suicidio demográfico. Estados en vías de desarrollo no son capaces de adaptarse, se sienten agredidos y desarrollan complejos y absurdos discursos justificatorios. Por el contrario, otros estados desarrollados y no desarrollados comprenden y aceptan la realidad y tratan de defender sus intereses y mejorar sus condiciones de vida.

Las relaciones internacionales de nuestros días no se caracterizan por tensiones ideológicas como las que marcaron la Guerra Fría. No estamos ante una rivalidad entre sistemas políticos, sino frente a la emergencia de una nueva sociedad global que pone a prueba la coherencia y consistencia de sociedades concretas. Tradiciones centenarias, cuando no milenarias, valores firmemente arraigados en viejas comunidades son cuestionados por nuevas ideas que llegan a través de los medios de comunicación alterando la vida social.

Las crisis culturales están dando paso a revoluciones políticas de carácter reaccionario, con inevitables consecuencias en la política internacional. Su reconducción por vía diplomática o su contención por la fuerza caracterizarán los años venideros, así como la definición de un nuevo campo de batalla en el que viejas formas de lucha –terrorismo, guerrilla– convivirán con otras de nuevo cuño –ciberguerra, armas de destrucción masiva–.

El cambio no va a frenar su marcha. Al contrario, el desarrollo tecnológico puede acelerarse convirtiendo en anacrónicas muchas convenciones políticas, sociales o económicas. En el plano internacional, a las causas clásicas de conflicto: rivalidad por áreas de influencia, intereses económicos, tensiones demográficas, acceso a materias primas... se sumarán otras características de nuestros días, las derivadas de tensiones culturales por efecto de la globalización. Todo ello propiciará en el medio plazo un reposicionamiento de los estados en términos de poder internacional que dibujará un nuevo mapa político del planeta.

La globalización exige a los estados un cambio de actitud. Ahora, más que nunca, resulta esencial acercarse a la realidad sin prejuicios, asumiéndola tal cual es. Solo cuando las sociedades comprendan las nuevas coordenadas y acepten que no hay espacio para voluntarismos infantiles estarán preparadas para llevar a cabo los cambios en su organización política y económica necesarios para poder adaptarse al nuevo entorno y prosperar en él. De igual manera, los gobiernos tendrán que diseñar nuevas formas de actuación en el plano exterior, asumiendo la incapacidad de organismos internacionales preexistentes para cumplir la misma función que vinieron desarrollando con anterioridad.